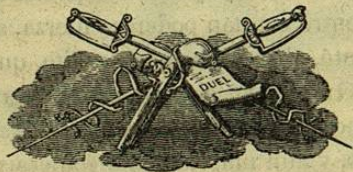


que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el Gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorey y Don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimesmo que Don Quijote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliría, como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á Don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro mal parado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse, ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrechero Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y el Visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.



## CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.

**S**IGUIÓ Don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él Don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero á recibirle y á desarmarle: encerróse en una sala baja, y con él Don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo:—Bien sé, señor, á lo que venis, que es á saber quién soy: y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachiller Sanson Carrasco. Soy del mesmo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo, y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza, para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor: y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caida, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en

guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que decirnos otra cosa alguna: suplícoos no me descubrais, ni le digais á Don Quijote quién soy porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.—¡O señor! dijo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo, en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote, á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco, y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la mesma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.—El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso, y habiéndose ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió dél, y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mesmo punto sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mesmo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó Don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdía el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo Don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo:—Señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada, y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos, y si bien se considera, yo soy aquí el mas perdidoso,

aunque es vuesa merced el mas mal parado. Yo que dejé con el Gobierno los deseos de ser mas Gobernador, no dejé la gana de ser Conde, que jamas tendrá efecto si vuesa merced deja de ser Rey, dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas.—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar Reino que gane y algun Condado que darté.—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza que ruin posesion. En esto estaban, cuando entró Don Antonio, diciendo con muestras de grandísimo contento:—Albricias, señor Don Quijote, que Don Gregorio y el renegado que fué por él, está en la playa: ¿qué digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aquí al momento. Alegróse algun tanto Don Quijote, y dijo:—En verdad que estoy por decir, que me holgara que hubiera sucedido todo al reves, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad, no solo á Don Gregorio, sino á cuantos cristianos cautivos hay en Berbería. Pero ¿qué digo, miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿no soy yo el derribado? ¿no soy yo el que no puedo tomar las armas en un año? ¿Pues qué prometo? ¿de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada?—Déjese deso, señor, dijo Sancho: viva la gallina aunque con su pepita, que hoy por tí y mañana por mí, y en estas cosas de encuentros y porrazos no hay tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama: quiero decir, que se deje desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levántese vuesa merced agora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa. Y así era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta Don Gregorio y el renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseoso Don Gregorio de ver á Ana Félix, vino con el renegado á casa de Don Antonio, y aunque Don Gregorio, cuando le sacaron de Argel, fué con hábitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en cualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobremano, y la edad, al parecer, de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de Don

Gregorio y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á Don Gregorio. Contó Don Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mugeres con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente, así al renegado, como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redujóse el renegado con la iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí á dos dias trató el Visorey con Don Antonio qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno, que quedasen en ella hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir á la corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.—No, dijo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, á quien dió su Magestad cargo de nuestra espulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas, porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del unguento que molifica, y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecucion el peso desta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia. ¡Heroica resolucion del gran Filipo Tercero, é inaudita prudencia en haberla encargado al tal Don Bernardino de Velasco!<sup>1</sup>—Una por una yo haré, puesto allá,

<sup>1</sup> Hubo otros encargados de la espulsion de los Moriscos, pero aquí se habla solo del que ejecutó la de la Mancha, que fué con efecto Don Bernardino de Velasco y Aragon, conde de Salazar, comendador de Villamayor y Veas, del consejo de Guerra, comisario general de la Infantería de Castilla.

las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dijo Don Antonio: Don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi muger en mi casa, ó en un monasterio, y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorey consintió en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia, ni queria dejar á Doña Ana Félix; pero teniendo intencion de ver á sus padres y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos, que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Ricote á Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quijote y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quijote desarmado y de camino, Sancho á pié, por ir el rucio cargado con las armas.





## CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

**L** salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde habia caído, y dijo:—Aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias: aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas: aquí se escurecieron mis hazañas: aquí finalmente cayó mi ventura, para jamas levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo:—Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades: y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era Gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á pié, no estoy triste: porque he oído decir, que esta que llaman por ahí fortuna, es una muger borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba, ni á quien ensalza.—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote, muy á lo discreto hablas, no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mia; pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos, y agora cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva, para volver al nunca de mí olvi-

dado ejercicio de las armas.—Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los piés del suelo, harémos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pié, y hacerlas grandes, es pensar en lo escusado.—Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas, ó al rededor dellas grabarémos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

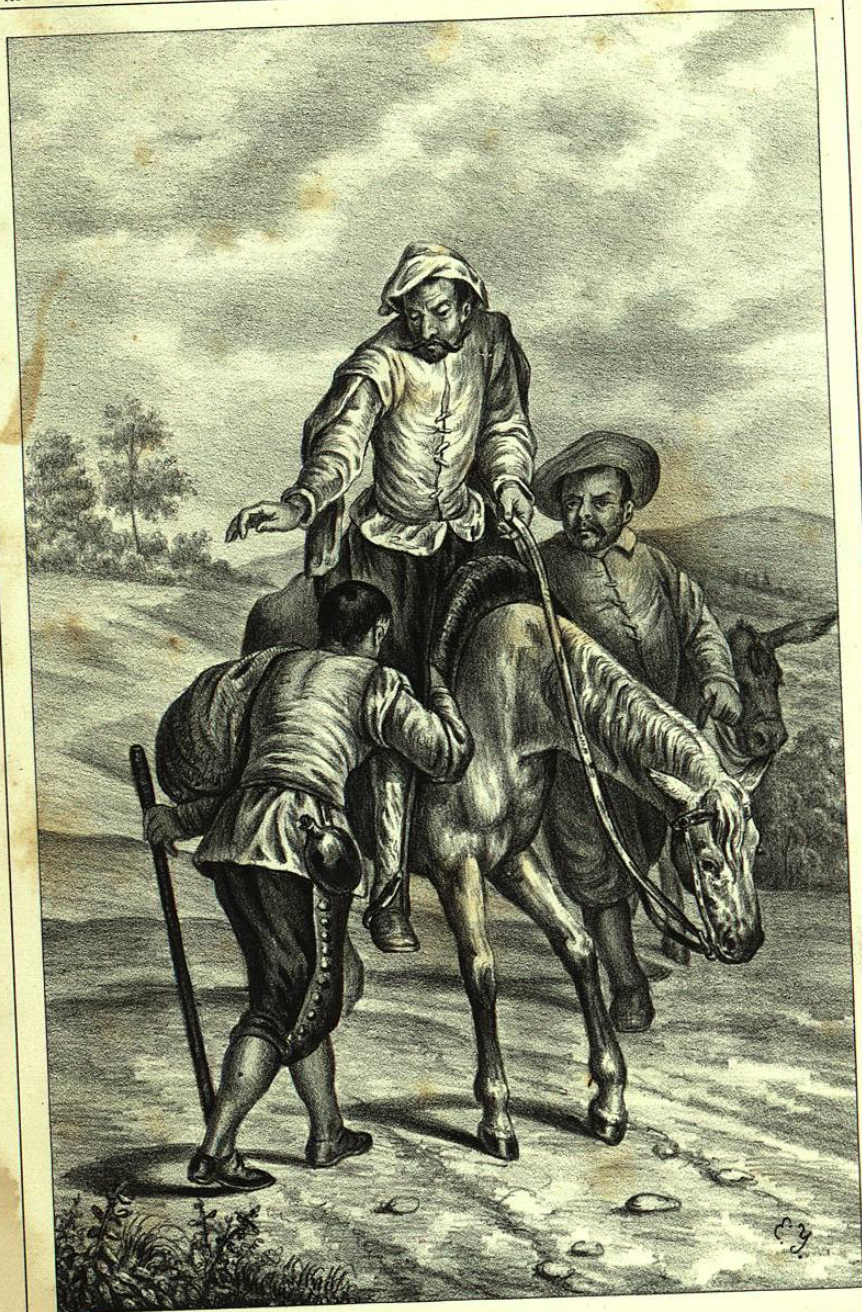
Nadie las mueva,  
Que estar no pueda  
Con Roldán á prueba.

—Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho, y si no fué por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado.—Pues ni él, ni las armas, replicó Don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga, que á buen servicio mal galardón.—Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda: y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba allí solazando. Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz diciendo:—Alguno destos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.—Sí diré por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.—Es pues el caso, dijo el labrador, señor bueno, que un vecino deste lugar tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa mas que cinco. Fue la condicion, que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiéndole preguntado al desafiador, cómo se habia de igualar el peso, dijo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestras, y así se igualarian las on-

ce arrobas del flaco con las once del gordo.—Eso no, dijo á esta sazón Sancho, antes que Don Quijote respondiese: y á mí, que ha pocos dias que salí de ser Gobernador y Juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.—Responde en buena hora, dijo Don Quijote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.—Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales, que le impidan, ni estorben el salir vencedor: y así es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí, ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.—Voto á tal, dijo un labrador, que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto mas seis arrobas.—Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro<sup>1</sup>, y sobre mí la capa cuando llueva.—Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortes y caminar mas que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado, así su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho<sup>2</sup>, y otro de los labradores dijo:—¡Si el criado es

<sup>1</sup> Esto es, del vino caro, ó del mejor vino, porque habia una taberna ó casa (como se dice aquí) donde se vendia vino de mejor calidad, y por consiguiente valia á precio mas alto ó caro que el comun.

<sup>2</sup> El caso de esta apuesta, aunque dilatado y amenizado por nuestro autor, se leia ya en Alciato, que, tratando de que la desigualdad de las personas podia ser causa justa para no admitir el reto ó desafio, propone algunos casos dudosos, como si desafiando un cojo, ó un tuerto, á otro que no lo fuese, éste se habia de encojar, ó sacar un ojo, para igualarse con su contrario: y en cuanto al tuerto opinaban algunos soldados prácticos, que no bastaba que su contrario se cubriese un ojo con un parche, ú otra cosa, sino que se le habia de sacar efectivamente, porque si el tuerto perdía el único que tenia, quedaba sin ninguno, y á su enemigo, aunque perdiese uno, le quedaba otro todavía. Pero esta opinion, añade aquel jurisconsulto, es ridicula por demasiado sutil, como lo fué tambien la sentencia que se dió en el caso de un gordo y ventruado, que apostó con un flaco y ligero de piés á que cor-



tan discreto, cuál debe de ser el amo? Yo apostaré, que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza. Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierta, y otro dia siguiendo su camino vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié, el cual como llegó junto á Don Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba mas, le dijo con muestras de mucha alegría:—O mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa!—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decis.—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez.—¡Válame Dios! dijo Don Quijote, ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla?—Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al Virey, que le envia mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuantas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.—Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cor-

*reria mas que él, con tal que corriesen con pesos iguales. Pedía el gordo que se le atase al flaco el peso equivalente á su gordura en que le escedía. Replicaba el flaco que antes convendría matar de hambre al gordo, para que, enflaqueciendo algun tanto, pudiese correr con él sin pesar mas ni menos. (De Singulari Certamine: cap. 29.)*